

Carnaval y Semana Santa: ¿Fandango o recogimiento?

Carnival and Holy Week: Fandango or retreat?

Resumen

A partir de cronistas tan importantes como Ignacio Manuel Altamirano, Antonio García Cubas y Luis González Obregón, cuyos testimonios escritos nos llevan a recordar el México del siglo XIX, se hace un recorrido por lo que fueron las fiestas de Carnaval y Semana Santa en aquella época, las procesiones que se llevaban a cabo en esta última y cómo cambiaba la vida de la ciudad y sus habitantes durante estas celebraciones religiosas.

Palabras clave: Siglo XIX, Carnaval, vida cotidiana, Semana Santa, fiestas religiosas

Abstract

Taken from Ignacio Manuel Altamirano, Antonio García Cubas and Luis González Obregón's important chronicles, this paper will make a journey through the Carnival and Holy Week in Mexico during the 19th century. Among those remembered events I will deal with processions and how the life and dwellers changed during those religious celebrations.

Key words: Siglo XIX, Carnaval, vida cotidiana, Semana Santa, fiestas religiosas

Fuentes Humanísticas > Año 30 > Número 56 > I Semestre > enero-junio 2018 > pp. 57-66.

Fecha de recepción 08/01/18 > Fecha de aceptación 04/06/18

cecicolon@prodigy.mx

* Investigadora independiente.

A los mexicanos siempre nos han gustado las celebraciones, la fiesta, el fandango y no desperdiciamos ocasión para organizar alguna. Nuestro premio nobel, Octavio Paz, ya lo decía en su famoso libro *El laberinto de la soledad*:

El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual. Y esta tendencia beneficia a nuestra imaginación tanto como a nuestra sensibilidad, siempre afinadas y despiertas. El arte de la fiesta, envilecido en casi todas partes, se conserva intacto entre nosotros. En pocos lugares del mundo se puede vivir un espectáculo parecido al de las grandes fiestas religiosas de México, con sus colores violentos, agrios y puros, sus danzas, ceremonias, fuegos de artificio, trajes insólitos y la inagotable cascada de sorpresas de los frutos, dulces, y objetos que se venden en plazas y mercados. (Paz, 1976, p. 42).

Durante el siglo XIX, cuando las fiestas religiosas formaban una tradición y marcaban mucho el ritmo de la vida social y los encuentros entre los habitantes de esta pequeña capital, había dos muy importantes por lo que representaban y por su duración: el Carnaval y la Semana Santa; ambas vienen de lejanas y antiguas tradiciones que se afianzaron en la sociedad y hace más de cien años estaban muy vivas entre los mexicanos. Sin embargo, al paso del tiempo, ya en el siglo XX, se perdió por completo la celebración del Carnaval en la Ciudad de México. Esto tuvo que ver con el movimiento armado de

la Revolución Mexicana, pues se logró, al fin, uno de los objetivos por los que tanto se pugnó desde mediados del siglo XIX: la separación de la Iglesia y el Estado, lo que implicó que las fiestas religiosas cambiaran por las civiles e influyera en estos festejos sociales. No obstante, dicha celebración persistió en otros lugares como Veracruz, Mazatlán, Campeche, Morelos, Tlaxcala y Oaxaca; empero, la conmemoración de la Semana Santa o Semana Mayor continúa hasta nuestros días. La que se organiza en Iztapalapa es la más famosa y antigua de nuestra ciudad. Pero revisemos un poco, a través de las crónicas decimonónicas, lo que ocurría en esas fechas tan importantes para hace dos siglos.

El fandango carnavalesco

Aunque originalmente el Carnaval viene de fiestas paganas, al paso de los siglos se transformó y adquirió importancia dentro de las fiestas religiosas católicas. El motivo se refiere al constante enfrentamiento entre el bien y el mal; esta lucha tenía su representación en muchas fiestas y celebraciones. El hombre, como ser humano, débil y lleno de defectos, puede ser sorprendido y tentado por el mal en cualquiera de sus representaciones y éste puede hacerlo caer en el pecado; no obstante, Dios lo cuida, lo protege y lo perdona por medio del sacrificio de la penitencia, que es la manera –por excelencia– de lavar las culpas. De esta forma, el hombre se reconcilia con la divinidad y se arrepiente de haber pecado, por lo que ofrece un sacrificio. *Grosso modo* esto es lo que ocurre durante el Carnaval y la Cuaresma que culmina en la Semana Santa.

El Carnaval inicia con las carnestolendas, que significa retirar o abstenerse de la carne, por esta razón se le daba gusto a todo lo que tuviera que ver con lo mundano para entrar después al momento de la penitencia y el arrepentimiento. Durante esta fiesta, el mal tiene permiso de salir, de tentar a todos los mortales, quienes le dan gusto a la carne, al cuerpo, a los placeres, desde la comida y la bebida hasta la intimidad: es la fiesta de la permisividad y el descontrol. El antifaz, esa pequeña careta que oculta parte del rostro, al grado de no distinguir quién está detrás de él, es el símbolo de la broma, de la chanza, de la doble personalidad, pues no se sabe con quién se habla realmente y, en esa época, se prestaba a todas las confusiones y malos entendidos posibles sin que hubiera reclamos posteriores, pues quien se escondía detrás de una careta se encontraba en total libertad de hacer lo que quisiera: todo estaba autorizado. La gente que asistía al Carnaval se disfrazaba de "otro" al que le estaban permitidos todos los excesos que en la realidad le estaban vedados.

Antonio García Cubas definía de esta forma esa fiesta que, por otro lado, era el encuentro y reunión con "otras personas", en el sentido de ocultarse en el anonimato de un disfraz para dejar salir a ese "otro" que todos llevan dentro:

El Carnaval es la época de las aventuras amorosas, de las burlas y de las chanzas: no es tan sólo el baile de fantasía el que saca de sus casillas a más de cuatro alegres mortales, sino el deseo de divertirse a costa de los demás. (García Cubas, 1986, p. 310).

El cronista hace hincapié, sobre todo, en las burlas y las bromas que acostumbraban hacer los más avezados, protegidos por un disfraz completo o sólo un antifaz, pero, a fin de cuentas, escondidos detrás de una careta. Estrella de Diego explica así esta fascinación por las máscaras:

En la fiesta de máscaras hay muchas personas. Todas parecen haber elegido cuidadosamente su disfraz y esta noche, aunque sólo sea mientras dura la fiesta, serán aquello que siempre han querido ser. Con sus simuladas personalidades, variopintas, pero perfectas, presentan una sospechosa apariencia de verosimilitud intachable. (Diego, 1992, p. 15).

Efectivamente, bajo el disfraz la gente decía todo lo que no podía en otras ocasiones, aunque a veces rayara en la grosería social; empero, todo resultaba válido en este juego de las chanzas y las dobles personalidades.

El Carnaval se instituyó como un:

[...] remedo de las bacanales, saturnales y lupercales de Grecia y Roma, como una despedida de los placeres mundanos para entrar de lleno en el Santo Tiempo de Cuaresma. (García Cubas, 1986, p. 308).

Así, Antonio García Cubas rememora las fiestas de Carnaval acaecidas en las décadas de 1850 a 1860 y agrega que las actuales (se refiere a 1905, año en que escribió *El libro de mis recuerdos*) ya están decaídas, lo cual nos indica que poco a poco el ánimo gozoso que incitaba a organizar semejantes fandangos disminuyó en el gusto de la gente hasta desaparecer de manera definitiva en los albores

del siglo xx, con la contienda sangrienta de la Revolución Mexicana, movimiento armado que no sólo dio un giro en los aspectos social, político y económico del país, sino que, además, también influyó en las costumbres sociales y religiosas de la gente.

Ahora veamos en dónde se celebraba el Carnaval. Imaginemos por un momento el Paseo de Bucareli, en donde la gente de esa Ciudad de México de mediados del siglo xix se daba cita para ver a los enmascarados, aunque la ciudad no era, ni con mucho, del tamaño que la conocemos actualmente; sin embargo, mucha gente de todas las clases sociales llegaba a este lugar para empezar la fiesta. Vamos a leer lo que nos dice García Cubas y a tratar de ver con los ojos de la imaginación lo que nos describe en la crónica que hace en *El libro de mis recuerdos* (1905):

[...El] pavimento [del Paseo de Bucareli] estaba tan lleno de hoyancos como de tierra floja, la cual a pesar de regarse desde temprano por los presidiarios, levantaba densas nubes de polvo; cuatro hileras de sauces anémicos, en las márgenes de unas acequias pestilentes, compartían en tres aquella calzada, la del centro, de mayor amplitud, para los carruajes y cabalgaduras, y las dos laterales para la gente de a pie; por último, dos fuentes con sus estatuas mutiladas, que se hallaban en el centro de sus respectivas y anchurosas plazoletas circulares, no merecían tal nombre por la exigua cantidad de sus aguas. (García Cubas, 1986, p. 308).¹

¹ La descripción que leemos del lugar no sólo lo explica, también podemos ver la costumbre que implicaba castigar a los reos de delitos menores a

El desorden y el mal estado de las calles no obstaba para que la gente saliera a divertirse disfrazada, algunos de dominó, otros de pierrots, rememorando un poco también al famoso Carnaval de Venecia, con máscaras en el rostro bajo las que escondían su verdadera identidad. En el Carnaval todo es alegría y todo se ocultaba en el anonimato de la máscara que todos llevaban puesta y nadie se quitaba. Todos tenían permiso de jugar las bromas más pesadas y escandalosas, a pesar de la rígida moral de la época.

La fiesta y el regocijo comenzaban cuando los carruajes iniciaban el paseo por Bucareli y muchos de estos enmascarados obsequiaban flores y alcatraces a las damas que iban en los carruajes en un alarde de galantería; los esposos y padres de ellas no podían impedir el obsequio, era parte de la fiesta

Otro momento interesante de estas festividades es la que se llevaba a cabo en el Gran Teatro Santa Anna, que en esos años era el teatro más importante, antes de su demolición en 1900.² En este teatro se vendían las entradas para el gran baile que se organizaba con una enorme orquesta. Además del baile y la música, lo atrayente era la clasificación que había de los máscaras que asistían al lugar y que tenía que ver con la educación y el dinero,

barrer las calles de la ciudad como parte del castigo que debían cumplir, esto incluía, además, el señalamiento social, pues todos los que caminaban temprano por esas calles los observaban y ¡quién sabe! tal vez los identificaban.

² Cabe recordar que en esos años, el teatro se llamaba Santa Anna para agradar al presidente, pero después fue más conocido como el Teatro Principal. Su demolición fue justificada para abrir la Avenida Cinco de Mayo y construir el actual Teatro de Bellas Artes.

características básicas para pertenecer a una clase social determinada:

Los máscaras pueden clasificarse de la manera siguiente: primer género, los de buena educación; segundo género, los que ni por el forro la conocen. El primero comprende dos especies: máscaras ingeniosos y discretos y máscaras tranquilos e inofensivos; el segundo abraza otras dos especies: máscaras atrevidos y temibles por sus indiscreciones y máscaras sosos y de ningún gracejo, debiendo contarse entre éstos los de la subespecie o *huehuenches*, que son gentes del bajo pueblo, o indígenas cuyo único placer consiste en andar vagando por esas calles de Dios, disfrazados con trajes raídos y grasientos, generalmente de moros. (García Cubas, 1986, p. 310).

Efectivamente, el Carnaval escondía personalidades, intenciones, sentimientos y emociones. El antifaz permitía cualquier locura y la noche cobijaba todo, desde un encuentro fortuito hasta la salida de las diversas personalidades del ser humano, ¿qué esconde la oscuridad de la noche que la luminosidad del día no deja exponer tan libremente? Como ya se dijo, el mal tiene permiso y es válido hacer lo que le plazca por darle gusto al cuerpo. Ya después vendrá el momento de pedir perdón.

En sus artículos publicados en el periódico *El Siglo XIX*, en 1870, Ignacio Manuel Altamirano coincide con García Cubas cuando dice que esta fiesta ha decaído mucho:

He aquí que el Carnaval ha llegado, pero no joven, alegre y bullicioso, como en otros tiempos, cuando Dios quería, sino viejo, enfermizo y triste, en fin, en de-

cadencia absoluta. (Altamirano, 1987, p. 112).

Curiosamente, diez años después de la citada crónica de García Cubas, el ánimo de la gente ya estaba en absoluto declive, como dice Altamirano, y la fiesta ya no es tan lujosa ni tan bulliciosa como apenas unos pocos años atrás. Sin embargo, dejemos que el propio Altamirano nos explique sus motivos:

A medida que las costumbres se hacen más carnalescas; a medida que el antifaz de carne y hueso hace los oficios de la antigua careta de seda, de terciopelo, ¿para qué se ha de echar mano de éstas? La careta servía para dos cosas: para decir verdades a cualquiera, a imitación de lo que se hacía en las saturnales antiguas, o para entregarse a las aventuras ilícitas. [...] hoy la maledicencia no sólo es autorizada, sino que es graciosa y lisonjea a sus víctimas; hoy que echar en cara a una persona sus vicios o sus faltas, es halagarla [...] pregunto: ¿para qué sirven las bromas del Carnaval? [...] El que se cubre hoy la cara con una máscara para decir una injuria más que un cobarde, es un tonto.

Por otra parte, las aventuras peligrosas e ilícitas, ya no se emprenden con gente que se disfraza. Eso estaba bueno para los tiempos del romanticismo y de las novelas de Pigault-Lebrun.³ Eso cubriría con el velo del misterio lo que es preciso

³ Pigault-Lebrun (1753-1835), cuyo nombre completo era Charles-Antoine-Guillaume Pigault de l'Épinoy, fue un escritor francés muy criticado y conocido por los temas eróticos y de aventura que trataba en sus numerosas novelas y obras de teatro.

que sea público para que sea grato. (Altamirano, 1987, p. 113).

A pesar de lo anterior, las salidas del martes de Carnaval por el Paseo Bucareli seguían siendo muy concurridas, era el lugar por excelencia en donde todos se daban cita, desde la gente más encumbrada hasta el más pobre, desde el que conocía a unas cuantas personas y buscaba encontrárselas para saludarlas hasta el que sólo iba a observar con el afán de criticar y lo único que conseguía era llenarse el traje o disfraz de polvo debido al andar de los carruajes por la polvosa avenida.

Según Altamirano, lo mejor seguían siendo los bailes, y en ese año de 1870 el del Teatro Nacional era de los más lucidos por la cantidad de gente que iba. Los máscaras (pierrots, dominós, etcétera) hacían bromas chuscas a la gente y aunque algunos no eran tan ocurrentes, de todos modos el público les aplaudía y se reía con las tonterías que decían.

Cabe recordar un pequeño cuento de Amado Nervo titulado "Aventura de Carnaval" (Nervo, 1991, pp. 63-64) en donde el protagonista apuesta con un primo, muy guapo y varonil, por cierto, que no podrá enamorarse nuevamente; la apuesta es por un almuerzo si eso no sucede antes de ocho días. Llega la fiesta del Carnaval, y en el salón, el protagonista baila con una hermosa mujer enmascarada cuya cercanía lo vuelve loco. Le pide que se quite la máscara y ella lo lleva a un rincón del salón y se la quita; allí el protagonista se lleva la sorpresa de su vida al descubrir que se trata de su guapo primo, quien no para de reír ante la broma y la confusión.

Por desgracia, poco a poco, esto se fue acabando y la fiesta del Carnaval de-

sapareció de la Ciudad de México, no así las ganas de disfrazarse alguna vez cuando alguien organiza una fiesta con la única condición de llegar disfrazado, aunque sin la intención de jugarle bromas a nadie.

El recogimiento de la Semana Santa

Una vez terminada la fiesta de las bromas, las chanzas, las diabluras y las "segundas personalidades", llegaba el momento del arrepentimiento, del ayuno, de la devoción y del anhelo por conseguir el perdón de los pecados.

Al llegar el Miércoles de Ceniza, la época de la Cuaresma, todo cambiaba. Estas semanas implicaban una mudanza en la actitud de la gente: ya le dieron gusto al cuerpo, ahora hay que preparar a ese mismo cuerpo y al alma para lo que sigue: la Semana Santa. Ese miércoles, la Iglesia iniciaba el ritual recordándole al hombre su fragilidad ante la muerte, la eternidad y el juicio divino: *Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*: Recuerda, hombre, que polvo eres y en polvo te convertirás.

García Cubas explica así la finalidad de este tiempo de Cuaresma: Traerle a la memoria [al ser humano] que su juventud, belleza, honores y riquezas desaparecen en el insondable abismo de la eternidad; que su vida, por larga que parezca, es tan sólo un chispazo eléctrico en la indefinida medida de los tiempos y, por último, que sólo la virtud y las buenas acciones pueden darle la felicidad relativa en este planeta, en que estamos de paso, y la bienaventuranza en la vida futura. (García Cubas, 1986, p. 311).

Ha llegado el momento en que la gente se prepara para el ayuno y la vigilia, es decir, evitaba comer carne, lácteos y tomar vino los viernes de Cuaresma y durante la Semana Santa. No obstante el mandato eclesiástico, quienes tenían los recursos económicos se desquitaban comiendo opíparamente pescados y mariscos, por lo tanto, el ayuno era un acto que, como dice el cronista: “equivalía a hacer ostentación de un ropaje de Carnaval”. (García Cubas, 1986, p. 314).

Ciertamente, no se comía carne, pero se sustituía por otros alimentos en las mismas cantidades, lo que habla de que el sacrificio que supuestamente imponía comer sólo una vez al día y evitar la carne no se cumplía de manera estricta al pie de la letra.

A pesar de lo que se pueda suponer, la rígida devoción de la Semana Santa no era tal y para comprobarlo, vamos a revisar las crónicas de Luis González Obregón, Antonio García Cubas e Ignacio Manuel Altamirano en tres fechas diferentes: 1810, 1850-1860 y 1870, respectivamente; sólo haré hincapié en los hechos que ellos mismos resaltaron como los importantes de las Semanas Santas de los años mencionados, pues coincido con la opinión de otro gran cronista de esta ciudad, Salvador Novo, cuando dice en su libro *La vida en la Ciudad de México en 1824*, que esta celebración no cambió de manera radical a lo largo del siglo XIX:

Las crónicas de esas festividades religiosas que nos dejaron escritores tan avanzados en el correr del siglo XIX como Enrique N. Chávarri, el famoso “Juvenal” que semana a semana deleitó a las lectoras con sus comentarios y descripciones de la vida capitalina en *El Monitor Republica-*

no, muestra que, por ejemplo, el Jueves Santo de 1872, era punto por punto semejante al de 1824, con la única diferencia de un cambio en los dictados de la moda [...] (Novo, 1987, p. 27).

Habría que esperar al siglo XX para ver una real transformación en la forma en que se celebraban estas fechas religiosas que siguen siendo importantes, no por la devoción que significan, sino por el hecho de tener unos días de vacaciones en prácticamente todos los trabajos y labores de la sociedad, lo que cambia completamente la idea que se tenía de la fiesta religiosa a la social.

Nos cuenta González Obregón en su libro *La vida de México en 1810*, que durante la Semana Santa de ese año tan importante en nuestra historia, no dejaron de salir en el *Diario de México* noticias profanas: acuñar una nueva moneda de cobre, los premios de la Real Lotería, anuncios agrícolas y comerciales, un soneto que criticaba la forma de vestir de las mujeres, noticias de robos, las lamentaciones patrióticas de un “español americano” sobre la invasión francesa a la Península Ibérica, motivo por el cual Fernando VII estaba preso, etcétera. Sin embargo, quizá lo más llamativo de esa Semana Santa, además de las procesiones y rezos acostumbrados, fue la famosa quema de los tradicionales judas y, en ese año, dada la efervescencia y el momento histórico, el judas no era otro sino José Bonaparte, el hermano de Napoleón Bonaparte, el famoso Pepe Botella. Mucho del enojo, sobre todo de los españoles que vivían en la capital de la Nueva España, se debía a una *Proclama* que había enviado José Bonaparte incitando a las colonias españolas a la independencia.

Sabed: –decían– que José Napoleón ha tenido la temeridad de tirar desde Madrid su ronca trompeta, para excitar a la rebelión más infame, a la más enorme traición, y a una horrenda anarquía a los fieles pueblos de la América Española por medio de una *Proclama*. (González Obregón, 1911, p. 42).⁴

Obviamente, a quien más preocupaba esta situación era a los que estaban en favor de que España siguiera siendo la mano que rigiera los destinos de México, empero, como bien dice el cronista Luis González Obregón:

[...] la *Proclama* de José Bonaparte, estremeció a todos, autoridades y vasallos; igualmente a los que veían en ella el presagio de un peligro próximo, como a los que ansiosos esperaban la realización de un ideal, que cada día contaba con más prosélitos. (González Obregón, 1911, p. 45).⁵

Los vientos de cambio se sentían cada vez más cercanos, la hora de la independencia estaba por llegar y las señales de su irrupción eran evidentes; sin embargo, para muchos de los habitantes de esta ciudad todavía la lucha era un sueño; quizás los criollos la veían cerca, pero el resto no. Mientras tanto, las procesiones seguían su curso normal, pero la quema de los judas, representados ese año por José Bonaparte, era un síntoma que reflejaba el disgusto general de la gente.

Por otro lado, nos cuenta García Cubas que el Miércoles Santo era el día en que se celebraba la ceremonia de La Señal y era cuando iniciaba el Oficio de Tinieblas. Todos los ritos se llevaban a cabo en la más completa oscuridad para enfatizar la orfandad de los seres humanos y de todo el planeta ante la aparente muerte del Mesías. El punto culminante llegaba en los momentos en que el Hombre-Dios pronunció en la Cruz sus últimas palabras: *Consummatum est.*" (García Cubas, 1986, p. 324).

No obstante, había que esperar a que las últimas tinieblas se despejasen y la gloria abriera nuevamente sus puertas con la resurrección de Cristo para que este compás de espera terminara con el Sábado de Gloria y el lunes siguiente todo mundo volviera a sus labores cotidianas.

En el Viernes de Dolores era costumbre que la gente pusiera un altar, y para ello, iba a abastecerse de lo necesario al Paseo de la Viga y a la calle de Roldán. Se ponía el altar con la ayuda de cajas a modo de gradas en donde hasta arriba estaba una pintura de la Virgen Dolorosa (no siempre de buena factura, según lo que vio Antonio García Cubas) con un Cristo. Las cajas se forraban de papeles de colores y encima se ponía fruta, aguas de diversos sabores con que se obsequiaría a quienes fueran a hacer la visita. En este día, los carros y carruajes evitaban salir a las calles, lo que bajaba mucho el ruido cotidiano.⁶ Por la tarde, se realizaba

⁴ Las cursivas son del autor.

⁵ Las cursivas son del autor.

⁶ Para una mejor descripción de este escándalo que tenía preocupada y fastidiada a la gente que vivía en nuestro actual Centro de México, es necesario leer y saborear en el amable estilo del libro de Luis González Obregón, *La vida de México en 1810*,

la ceremonia del Santo Entierro, en donde los nazarenos llevaban una gran cruz de madera y la Sábana Santa. Después, seguían varias imágenes dentro de la procesión cuyo silencio era impactante: *Ecce Homo*, san Dimas crucificado, el Señor de las Tres Caídas y Simón Cirineo, el Señor de la Expiración, nuestra Señora de la Piedad, San Miguel vestido de negro y el Santo Entierro, para finalizar con la Virgen de la Soledad, acompañada de los padres dominicos. Todos daban la vuelta a la Plaza Mayor en medio de un silencio sólo interrumpido por los pasos de los que formaban la procesión para después regresar a sus respectivos templos.

Para el Sábado de Gloria era indispensable la tradicional quema de los judas que colgaban de sogas atravesadas en las calles; la gente sólo esperaba las primeras campanadas de la Catedral que anunciaban la apertura de la gloria para prenderlos y quemarlos ante la festiva mirada de todos los curiosos; esto ocurría aproximadamente a las diez de la mañana y era el momento de entonar un *Gloria in excelsis Deo*. Las demás iglesias contestaban con sus propias campanas y estallaba, al mismo tiempo, la alegría al ver morir quemados a los judas traidores en casi todas las calles de aquella pequeña capital mexicana del siglo XIX.

Por su parte, Ignacio Manuel Altamirano ve otros aspectos de esta celebración; critica la devoción de la Semana Santa y la pone en duda, pues se da cuenta que en realidad, para ese año de 1870, lo que la gente buscaba era lucirse, dejarse ver en sociedad, acudir a la cita con el

novio o la novia en las distintas iglesias sin importarle realmente la Pasión de Cristo; al parecer, la devoción había quedado en segundo plano.

Puesto que durante estas celebraciones no se permitían las representaciones dramáticas, satíricas o de ningún otro género teatral, llama la atención que en ese año de 1870 hubiera algunas sátiras que se pusieron en los principales teatros de la época: el Iturbide y el Principal, ambos estuvieron concurridísimos y el juguete teatral en cuestión era una sátira contra los curas y las mujeres beatas. Pero veamos lo que nos comenta el propio Altamirano:

[...] el argumento del juguete es de una sencillez primitiva; pero su mérito no consiste en eso, sino en que hace veinte años no se habría podido representar el domingo de Pasión; hace diez habrían sido quemados los actores que lo hubieran puesto en escena; hace uno habría sido escuchado fríamente, y hoy fue aplaudido con frenesí por el público, siendo de notar que ni una sola de las señoritas que asistían a la función se levantó de su asiento. Al contrario, todas rieron alegremente al ver al cura bailando can can con la beata. Si esto no es cambiar las costumbres, que venga Dios y lo diga. (Altamirano, 1987, p. 199).

Es obvio que los pobladores de aquella añeja ciudad de México de 1870 estaban modificando poco a poco sus costumbres; tomemos en cuenta que el grupo de los liberales en el poder había hecho mucha labor por cambiar el fanatismo religioso y la superstición; esto se refleja en una transformación paulatina. Aunque todavía hay una gran devoción religiosa,

sobre todo, el capítulo 1 en donde él explica cómo era la ciudad en aquellos años.

la gente también buscaba divertirse y las prohibiciones que años atrás eran normales, lentamente se fueron relajando haciendo que la gente disfrutara de las obras de teatro que antes hubiera sido impensable ver en escena dada la fecha. Esto nos habla de un cambio en la mentalidad social que buscaba el pretexto de la celebración, pero ya no tanto para rendir el culto a la religión.

Los Viernes de Dolores, en todas las casas, continuaba poniéndose un altar a la Virgen de los Dolores adornándolo con frutas, flores, aguas de sabores y papeles de colores. La gente se visitaba y a todos se les daba un vaso de agua de sabores. Se rezaba mucho, pero también era el buen pretexto para realizar las reuniones y encuentros sociales y lucir el vestido negro nuevo que se debía estrenar ese día. De esta forma, más que una fiesta religiosa, parecía una fiesta social cualquiera, en la que tanto damas como caballeros exhibían sus mejores galas para no desentonar con una celebración que tenía mucho de festivo más que de religioso. Lo que muestra el alejamiento de la religión, situación que se verá remarcada con la llegada de la Revolución Mexicana y el consecuente cambio de política y gobierno.

Recordar lo que se acostumbraba festejar en el siglo XIX es la única manera de darnos cuenta del paso del tiempo y de la transformación que vivimos como sociedad; observar cómo se pierden algunas tradiciones y costumbres en favor de otras habla de estos cambios, de las constantes variaciones no sólo en la sociedad, de manera grupal, sino también en el pensamiento de la gente, en la forma en que las generaciones van cambiando sus comportamientos, pues los procesos históricos,

aunados a las luchas por los cambios políticos, sociales y religiosos fueron los que permearon el siglo XX haciendo que muchas costumbres de festejos cambiaran sus razones. Empero, sería difícil entender lo que ocurre ahora si no conocemos los orígenes, las modificaciones que la vida misma nos impone, a veces sin darnos cuenta. El Carnaval ya no se festeja como antes y la Semana Santa ahora es más bien sinónimo de vacaciones que de devoción religiosa, a pesar de que todavía en muchas iglesias y algunas colonias de la Ciudad de México, sobre todo en el Centro Histórico, se siguen llevando a cabo las procesiones que la costumbre católica marca. Sin embargo, cada vez que se lee una crónica decimonónica volvemos a recordar las procesiones, las fiestas y los altares que se acostumbraban, el tiempo pasa, pero los recuerdos se quedan allí.

Bibliografía

- Altamirano, I. M. (1987). *Crónicas. Tomo 2*. México: SEP.
- Diego, E. de (1992). *El andrógino sexuado. Eternos ideales, nuevas estrategias de género*. Madrid: Visor.
- García Cubas, A. (1986). *El libro de mis recuerdos*. México: Editorial Porrúa.
- González Obregón, L. (1911). *La vida de México en 1810*. México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret.
- Nervo, A. (1991). "Aventura de carnaval". En *Obras completas, Tomo I*. (pp. 63-64). México: Ediciones Aguilar.
- Novo, S. (1987). *La vida en la Ciudad de México en 1824*. México: Departamento del Distrito Federal.
- Paz, O. (1976). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.